



*Semana*  
*Santa* GRANADA  
1999

*P*REGÓN

*P*REGÓN  
OFICIAL DE LA  
*Semana Santa*  
GRANADINA  
1999

*pronunciado*  
*por*

**D. ANGEL LUIS SABADOR MEDINA**

CENTRO CULTURAL ISABEL LA CATÓLICA

Domingo, 21 de febrero. A las 12 horas.



## ENTRADA



PREGON OFICIAL  
DE  
LA SEMANA SANTA  
DE GRANADA  
DE  
1999

---

**H**OY YA LA EFÍMERA FLOR del macasar, que nació en ramas sin hojas, por los cármenes de los Cipreses, de Moraima, por los aleñaños del Cementerio, se ha paseado por cielos celestes de mi Granada, dejando llenos de olores y fragancias granadinas las esquinas solitarias de frío.

Están naciendo los capullos entre las verdes ramas del jazmín, que se derrama por las blancas tapias de mi Albayzín, para llenar con sus flores aún de mas blanco la albura de la cal que las cubre.

El musgo, que adornó los Nacimientos de mil casas en días muy cercanos, ha comenzado a dar paso a la hierba verde al lado de los ríos de Granada, y, de entre ella están naciendo las gayombas, que mañana amarillearan sus orillas, mientras que los pequeños renacuajos estudian para hacerse ranas, que llenaran con su croar la noche cálida del verano de mi Granada.

Por las alamedas de un Genil embravecido, con su pecho henchido por las aguas de la blanca nieve de la Sierra, han comenzado a brotar verdes hojas en incipientes luchas contra, todavía, la fría brisa que besa las aguas de plata de mi río grande.

Por las orillas de los caminos están comenzando a nacer los lirios morados de pasión de primavera de mi Granada, y la Vega, ya hoy mas lejana, comienza a verdear entre los surcos de tierra mojada por las escarchas de un enero ya pasado al juntarse con el agua que llevo de un parto de cielos grises, cuando la flor blanca de los almendros cubre de nieve de árbol los pequeños oteros rocosos de la lejanía.

La Sierra sigue vestida de novia y el viejo en su soledad de la mañana también sigue buscando el pequeño rayo de sol.



Un canario canta desde su jaula en una ventana albaicinera, mirando a la Alhambra, que se está poniendo su vestido más rojo, mientras unos gorrioncillos a saltos pugnan por San Nicolás, buscando el desayuno de la mañana.

Son las doce, y a esta hora, desde la plaza, que desafía con su iglesia blanca a todas las torres de la Colina Roja, se están oyendo todas las campanas de la Ciudad, llamando al rezo del Angelus. Las de la Catedral, San Pedro, Santa Ana, el convento de Zafra, las de San Bernardo.... y un instante después como colofón del sonido del último esquilín sonará las campanadas del reloj de la alta torre de la Catedral de nuevo, formando un coro de ángeles para alabar a María.

DIOS TE SALVE MARÍA  
LLENA ERES DE GRACIA  
EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO  
BENDITA SEAS ENTRE TODAS LAS  
MUJERES  
Y BENDITO SEA EL FRUTO  
DE TU VIENTRE  
POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS  
POR SIEMPRE Y PARA SIEMPRE

Ya las calles de mi Granada se están llenando de esos pregones impresos, que son los distintos carteles con los que casi cada una de las Cofradías anuncian al Mundo que la Semana Santa de Granada es inminente.

Y ahora, a partir de ahora, los cielos de mi Ciudad retendrán las voces de los distintos pregones que a este de hoy irán sucediendo por todos los barrios; retendrán las conversaciones de las tertulias de calle; se impregnarán con las ondas de los distintos programas de radio o televisión, y las calles se sentirán orgullosas de soportar parihuelas en noches frías de ensayos solitarios y fantasmagóricos, mientras la voz de un capataz queda colgada en una farola de esquina, esperando que cuando llegue el día la recoja para ponerla al lado de Cristo o María.

Porque ya comienza la Semana Santa en Granada. Porque dentro de menos de cuarenta días las calles se llenarán de seda multicolores en forma de túnica y capuchón que apuntarán a los cielos de la atardecida; se llenará de silencios negros de noche; se llenará de sonrisa asombrada de niños; se llenarán de olor a flor en mezcla con incienso y cera; se llenarán de luces de cirios en fila penitente, de sonidos de bandas, de cantes de saeta salida de garganta rota de oración, de racheo de zapatillas costalera, de voces directoras de capataces de negro traje, de alientos de contraguías, de belleza de mujer de peineta.

Dejadme, pues, un pedazo de nube blanca con el que yo pueda modelar un "llamaor" de silencios. Ponedme mi Torre de la Vela, para que en ella misma llame a un paso de cielo celeste, que anuncie en su andadura a todos los lugares, a todos los ríos, a todos los mares, a las sierras y a los llanos, a los bosques a los desiertos, que anuncie a todos los lugares del mundo que la Semana Santa de Granada, ya ha comenzado.



## SALUTACIÓN



Con el máximo respeto:

Mi reverenciado Sr. Arzobispo, pastor de todos los que aquí nos encontramos congregados, le aseguro que su presencia es un honor para mí y para todos los que componemos este mundo cofrade.

Mi querido Sr. Alcalde que representa la imagen viva de mi Granada y cuya presencia engrandece este acto.

Mi respetado Sr. Consiliario de la Federación de Cofradías.

Mi entrañable amigo y admirado Sr. Presidente.

Junta de Gobierno, Hermanos Mayores, amigos y amigas.

Con la venia que corresponde al protocolo de este solemne acto, pido el permiso de todos para poder pregonar la Semana Santa de Granada del año de Nuestro Señor de 1.999

Mi querido José Luis, tú bien sabes que no hay palabras en la tierra para poder agradecer el cariño, la ayuda, la enseñanza y el amor de hermano que siempre, desde hace ya muchos años que caminamos juntos, he recibido de ti.

Hoy sí he roto una tradición, que siempre hemos mantenido tú y yo en esta clase de eventos. Hoy no he escrito nada adicional en la Sacristía.

Pero sí he estado antes de llegar hasta el micrófono en el que tú me enseñaste a hablar, he estado conversando con el micrófono del alma y el pensamiento con un amigo común y

le he pedido para ti y para mi querida Doña Mercedes, tu madre, lo mas amplio en salud y tranquilidades.

Muchas gracias por tus palabras.

Permitidme, antes de comenzar, que haga una dedicatoria.

Hoy día 21 de febrero, hace exactamente un año que mi querido Hermano Antonio, aquel que tantas veces subiera y bajara la cruz de nuestra amada Santa María de la Alhambra, se fue con Ella para siempre con su sonrisa de niño y nuestras lágrimas en los ojos por apartarnos de su lado en la Tierra.

Por ello, mi recuerdo en este día aunque sé que, junto a mi padre y a mi madre, estará sentado en cualquier lugar de este salón, en una expectación llena de silencios para que nadie note su presencia cuando yo esté hablando.

Quiero, puedo y debo recordar a todos los que nos precedieron en nuestra querida Semana Santa, sufriendo tiempos de mala economía, quitándose tiempo de sueño, de estancia con su familia y de sus propios bolsillos, una veces, y otras tratando de esquilmar los de los amigos.

A aquellos que los tratábamos de Don y a aquellos otros a los que tratábamos de más amigos por la edad.

No quiero decir nombres porque en nuestra mente están todos y cada uno y en este momento un olvido por mi parte en esta ocasión y en este lugar podría lastimarnos.

A vosotros que hicisteis posible con vuestro trabajo que hoy estemos aquí, muchas gracias.

Quiero, puedo y debo agradecer a los que componemos la generación actual, de la que ya, casi todos, estamos en primera línea.

## CUARENTA DÍAS



La gran mayoría de nosotros pasamos por bajo o al lado muy al lado de la trabajadera y hoy muchos de la generación que está esperando el relevo ocupan puestos de responsabilidad en las Hermandades a las que también la gran mayoría de nosotros nos acercamos por mera curiosidad, para luego quedarnos para siempre.

A vosotros, a los que formáis conmigo la generación del año 78, aquella que hizo resurgir la esperanza en la Semana Santa de mi Granada, muchas gracias.

Y a mi querida juventud a la que hay necesariamente que dejarle el relevo de puestos y de ideas, de ilusiones y compromisos.

A vosotros que formáis la generación venidera y que adquirid el deber de fomentar y engrandecer la Semana Santa granadina.

A vosotros juventud, que sí es verdad que muy pocos son los que no pasado, y siguen aún, por portar sobre su cuerpo sus amados, nuestros amados titulares en cada Cofradía, bien a hombros, bien a costal, ¿y que más da?. O bien en ensayos interminables a la intemperie tratando de lanzar al cielo esos anuncios de trompetas y tambores.

A vosotros juventud, que tenéis la obligación de empujar a la generación de la que yo mismo formo parte, con vuestras iniciativas, vuestras ideas, y vuestro amor, también muchas gracias.



El Hombre avanzó alto y callado con la mirada al infinito de la vida, con el paso largo, de espaldas a la llanura y buscando la alta meseta, que añora las aguas del mar que la cubrieron.

Subió por la trocha de yesal donde reinan en silencio los cactus y cardenchas, donde el lagarto señorea su color verde amarillento, disputando territorio al escorpión, bajo las piedras lisas y ardientes enrojecidas por millones de soles y cenizas de polvo de escorias de muchos años.

El Hombre hundió sus rodillas en el pedregal miró fijamente hacia lo más profundo de los cielos, levantó los brazos, juntó sus manos, bajó la cabeza, dejando que sus cabellos se impregnaran del polvo ceniciento de la tierra, y oró.

Abajo quedaron la vid y la higuera, el lirio y el junco verde, la tierna y fresca hierba bebedora de rocío, la alegría y la abundancia, los prados idílicos de la fiesta y aquí arriba solo estaba la soledad del desierto, las pequeñas dunas de mil granos de arena empujadas por el lacerante viento, el silencio callado del mundo, la oración desde cerrados labios, la mortificación de la joven carne y la plenitud del abrazo en solitario con Dios.

Al llegar la mañana, una trompeta de rayos sin lluvia invadió los cielos cenicientos de la alcudía desértica y un caballo negro como los pozos que horadan la tierra y con olor a todos los sudores de mil días de mil caballos y con toda la violencia en él mismo personificada, agitó con su resoplido el viento ardiente del pedregal, recorriendo de punta aquel inhóspito lugar.

Y tentó al Hombre en su hambre.

Y el Hombre lo rechazó diciendo: No solo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de los labios de Dios.

Un gran remolino de arena se levantó sin aire y el caballo negro se envolvió en su furia desapareciendo cuando el Hombre quedó inmóvil en el suelo y casi cegado por el resplandor.

Cuando fue la hora prima del tercer día de las tres semanas, una bandada de cuervos negros con ojos de mirada color roja de mil rubíes paraban en la meseta donde el Hombre se preparaba para pensar en Dios.

La fetidez fue como si hubieran vaciado de golpe todas las cloacas en el lugar. Había un olor nauseabundo, de cien animales putrefactos sin que estuvieran.

Miraban al Hombre queriendo traspasarlo y le invitaron a llevarlo hasta lo más alto de la torres del templo de cúpula ovalada, que resplandecía como mil onzas de oro puestas a los rayos de un sol de mediodía de verano.

El Hombre fue hasta lo alto de aquella ascua de resplandores que dominaba la ciudad y el que llamaban Leviatán quiso probar su poder invitándole a lanzarse desde allí para ser recogido por sus ángeles.

Y el Hombre dijo: Apártate Satanás. Al Señor, tu Dios, No tentarás.

El Hombre se encontró de nuevo en su oración de pensamiento en Dios y el sol se oscureció por una bandada de grajos negra como una nube que huía despavorida.

Y al llegar la hora tercia del día que sumaba cuarenta desde que subiera por las veredas desde la llanura hasta la alcudía desértica subió el Hombre hasta lo mas elevado, hasta

un monte que domina todos los valles de todas las tierras, todos los ríos de aguas plata y de oro, todos los templos de campanarios en silencio, todas las ciudades de cerca y lejanas para llamar a su Padre, Dios.

Y allí, en una roca como hecha de alabastro negro, que parecía la fuente donde manara el betún, vetuada de amarillos sulfurosos y verdes serpenteados, un hombre reflejaba su cara de ojos vivos pero sin mirada, de barba de pelo zahino, aspecto sombrío pero embaucador, con traje de luto ennegrecido y sombrero de alta pluma :

Y lo tentó en su vanidad

Y el Hombre dijo:

Apártate Satanás. Solo a Dios servirás y a El sólo adorarás.

El cielo se vistió entonces de un resplandor blanco que hizo huir entre las piedras a los escorpiones y las serpientes reptaron lejos del lugar, los lobos silenciaron sus aullidos y los ángeles bajaron desde arriba para dar de comer al Hombre que padeció hambre y sed.

El Hombre bajó de nuevo por la senda que le condujo al valle lleno de verdecido pasto tierno, donde ya habían comenzado a florecer los morados lirios y las blancas flores de los mirtos, mientras allá a lo lejos en la Ciudad un anciano seguía tratando de alargar sus ojos arrugados pendiente del que vió. Y tremuló de escalofrío al verle llegar transparente, mientras se encendían de humo las chimeneas de los hogares de toda la Ciudad.



## EN GRANADA



Han pasado ya los días y por arco de Fajalauza cruzan el aire celeste de Granada doce palomas en bandada, siguiendo a una muy blanca, la capitana.

Desde las tierras de Acci, por el Campo de los Almendros, ha entrado un grupo de gente que acompañan al hombre alto, vestido con túnica blanca de un solo paño, sin ceñidor, suelta; de tez morena; larga melena de pelo negro, recogida a la altura de la frente por una banda de tela azul arrollada; barba poblada y partida en dos por el mentón; mirada profunda y penetrante, que sale de unos ojos a la vez alegres y acogedores y al mismo tiempo inquisidores y serios; ojos negros, como dos aceitunas maduras en la noche oscura del olivar; andar pausado y sereno que va arropado por una capa color carmesí, como teñida por algún tintorero del propio barrio albaiciner, cuyo rojo resalta por encima del polvo de mil caminos.

Entre los mismos adobes de las murallas, aparecen enraizadas raíces muertas, forman-do ya por siempre puerta de la misma puerta.

Los geranios rojos, casi recién despertados, parían todos los colores entre los verdes prisioneros de la negra reja de hierro, que sube casi hasta tocar el alero de vieja teja, que parece puesta para que no se escape la flor.

Al pasar junto a la amplia huerta de la Alberzana, a la que los naranjos en flor daban un embriagador perfume de azahar y rompían con sus verdes de verdes hojas la monotonía del cielo ya azul brillante, vio un mirobaláno de hojas rojas como la sangre y limpias como el amanecer de la mañana, y se paró, y se quedó mirando, y miró a las rojas hojas y pensó en su pasión de cruces muy próximas.

El grupo ha llegado a las "Cuatro Esquinas" y miran hacia la izquierda, porque un murmullo acrecentado con algunas voces sobresalientes les llama la atención.

Están abriendo las carcomidas puertas de la cárcel para encerrar a un hombre que forcejea con los ejecutores de la Justicia.

¿Quién es?, preguntaba Pedro.

- Un asesino, llamado Barrabas, contestó un vecino.

Y el Cristo volvió su mirada para ver al reo, que babeaba en lucha estéril por la libertad perdida. Y se cruzaron sus miradas en los cielos celestes de la mañana limpia.

Un hombre, allá por la Casa de los Mascarones, tallaba Cristos de Sentencias y Silencios en medio de su locura.

Siguiendo a Jesús, todos se dirigieron a la Colina de la Axarea para acampar.

La estrella mas refulgente de todos los cielos acababa de aparecer en la colina de la Xarea, reinando sobre el Albaicín.

La colina aparecía ocupada por multitud de tiendas y velarios que servirían para protegerse del relente en las tertulias tras la cena entre familias venidas de todos los puntos para la gran fiesta del mes de Nisan.

El ejido se transformó en una trasegar de bestias y personas.

Las esportillas llenas de viandas acudían sobre los hombros de las mujeres, a las chozas montadas para la espera de la fiesta.

Seguían llegando caballerías y los hombres ayudaban a las mujeres a descabalgarse de las jamugas donde pasaron sentadas una larga jornada.

Se sentaron recostados en las esteras y cojines amorosamente dispuestos por las mujeres y les ofrecieron el vino mosto de la bienvenida.

Regresaron las que traían el agua. Jesús se levantó y miró al techo de la tienda, grande como un gran maristán, queriendo buscar las estrellas tapadas y hablo con Dios con el silencio de los labios cerrados y el corazón abierto.

Comenzaron todos a cenar mientras bromeaban recordando las incidencias de los caminos, cuando Jesús mirando a los reunidos del dijo:

-Tú Santiago y tu Andrés.  
Mañana muy de mañana  
Cuando empiece a amanecer  
Bajareis por las veredas  
Y una burra habréis de ver  
Con un pollinillo atado.  
Desatareis el cordel.

-¿Y si alguien nos pregunta  
que es lo que vamos a hacer?

-Contestáis que Yo os mando  
Nadie se habrá de oponer.

Se miraron ambos sin entender nada y siguieron comiendo ya un poco mas callados.

Se encendieron los fuegos y por grupos se fueron sentando alrededor de las hogueras, mientras comenzaban las almenaras de vigía en los torreones altos del castillo.

Sonaron las guitarras y los cantes por zambra y las mujeres arremolinaron los aires con los volantes de sus vestidos en bailes de rejas y cachuchas.

Y en las tiendas más cercanas un grupo de músicos tocaban melodías a las estrellas con sus oboes, siringas, con el arco del sistro, las

grandes sambucas, los nebeles y las citaras alabando a Dios, mientras en las largas ramas del sicomoro restallecian las yemas de mil flores y una joven recostada en un diván mordía casi lujuriosamente los dátiles de una támara.

El cielo se cubrió de azules estrellas y poco a poco solo quedó el lejano murmullos del interior de las tiendas cerradas.



## PALMAS Y OLIVOS



Antes de la hora Prima, el sol fue asomando sus fulgurantes rayos tras las sabanas blancas de la madre Sierra, vistiendo sus laderas con colchas de terciopelo violeta y un trinar de ruiseñores invadió los cielos que cubrían el espacio entre la colina y la Alhambra, que despertaba roja despeinada como de una noche de plácidos sueños de enamorada.

Es Domingo y el cielo ceniciento de cuarenta días se muere en mi Granada dando paso a un color celeste que inunda de transparencia cada rincón de la Ciudad.

Y al llegar la tarde de ese Domingo, Granada, mi Granada, se transforma cada año en una nueva Jerusalén

Sus calles sus plazas y sus gentes cambian radicalmente de aspecto.

Cristo aparece a las cinco en punto en la calle de Elvira montado en una burra de grandes ojos a la que sigue un pollino de cascabels, que hace recordar a los mayores su tiempo de niños en el que los buscaban entre las flores y hacer vivir a los pequeños la ilusión del primer día.

La mas importante vía de antaño de la Ciudad se viste de azules y blancos, de oros de palmas, de ojos de ilusión, de niños que visten habito por primera vez, que llenan su corazón de alegría y siembran en su alma de niño la semilla cofrade.

Y Jesús, montado en una burriquilla recorre triunfante las calles de mi Granada, las que ayer mismo su Madre inundaba de soles y mantos azules, de paz y de amor, preparando quizás este día, mientras que en lo mas interno de las gentes salen gritos de Hosanna, como suspiros que se cuelan entre las cimbreantes ramas de las palmas que rompen la brisa de la tarde.



## CENA



Al amanecer del quinto día la luz de los celestes cielos de la alborada se posó en la superficie del agua que las grandes vasijas contenían frescas como la pasada noche y la brisa de las primeras horas traían pequeñas gotas de rocío y hacía temblar el agua que besaba con pequeñas olas los bordes de las barricas.

Jesús tomó un pequeño cazo y refrescó sus labios mirando al infinito de los cielos.

Todos estaban haciendo sus abluciones y el campamento ya era un hervidero cuando Jesús llamó a Pedro y a Juan y les envió a ver al Patriarca de la familia amiga, para que le dijese que en la noche tomarían el cordero en su casa. Volvió la cara y miró a Judas, quien se estremeció, pareciendo que el miedo penetraba en su ser. El Iscariote se volvió de espaldas al Maestro; se remetió la bolsa mas dentro aún de su faja y pensó: “¿lo sabrá?. No, es imposible. Pero estas son mías justamente. ¿Será que al ser nuevas habrán refulgido con el sol de la mañana?. Quisiera ocultarlas dentro de mi cuerpo.... ¿Cuándo llegará la noche?.

Un hombre de pelo canoso, blanco casi igual que las tapias de la casa que lo cobijaba salió hasta el dintel:

-La Paz del Señor sea con vosotros  
Y que a ti te llene de venturas.

-El Maestro ha dicho que hoy cenará en tu casa.

Y oído esto, sin más les dijo a los recién llegados:

-Pasad. Sabía que vendríais. Mi hijo siguió muchas veces al Maestro y yo mismo junto con Nicodemus y José de Arimatea estuvimos

oyendole a distancia cuando en aquella montaña nos decía:

-Bienaventurados los pobres porque ellos poseerán la tierra

-Bienaventurados los mansos

-Bienaventurados los que lloran

-Bienaventurados los perseguidos

-Bienaventurados los enfermos

-Bienaventurados.....

Los dos elegidos cruzaron el dintel y el padre entró con ellos diciendo: “Alabad al Señor nuestro Dios. Bendito el que hoy nos llenará de gozo nuestra casa”.

El Hombre llegaba, seguido de todos los demás.

El patriarca de la familia salió a su encuentro bendiciendo al Señor su Dios y los criados encendieron los faroles de la gran sala, cuyas mechas aun flacas, entre amarillas y azules, empequeñecidas, quisieron competir con las almenaras grandes que elevaban sus luminarias allá por frente en las altas torres de la Alhambra, dándole a las murallas el color rojo fuerte de la noche.

Cristo subió todas las escaleras hasta la terraza solo con su soledad y admiró la roja Alhambra llena de misterios y duende, con sus ojos encendidos de noche de huríes y los pies bañándolos en el Darro entre mastranzos y matas de espliego. Y Cristo miró a la luna, grande como dueña de todos los cielos, blanca como la nieve de un nevero olvidado por el hombre y por los tiempos, encendida como el primer rayo de sol que penetra entre las hojas del bosque de la Alhambra en el nacer de la mañana, majestuosamente llena como la reina de la noche del jueves de primavera. Y Cristo vio como se dibujaba la silueta lejana de la ermita allá por el cerro del Aceytuno, donde el Arcángel ordenaba a todos los muertos de todos los tiempos que abandonaran sus descansos de tierra y que abrieran todas las ventanas de los cielos para que fueran testigos con

sus propios ojos de lo que iba a acontecer....  
Y Cristo lloró sólo, en silencio, en su soledad  
de soledades.....

Pasaron todos a la mesa grande y Jesús  
tomó una palangana con agua recién traída de  
la fuente de la Salud y comenzó a lavar los pies  
a sus discípulos.

Al llegar a Judas, éste hizo ademán de reti-  
rarlos de las manos del Maestro, pero Jesús se  
los retuvo y levantó sus ojos buscando los de  
el de Keriot, convulso y sudoroso, dirigía su  
mirada hacía un lado sin poder mantener el  
encuentro con la del Rabí.

Tras las primeras libaciones, Jesús delato  
al traidor, que abandonó la sala con pasos rá-  
pidos y vacilantes.

Y tomando el pan y el vino lo partió y alzó  
hacia los cielos y dijo a sus discípulos **"TO-  
MAD Y COMED PORQUE ESTO ES MI  
CUERPO"**. **"TOMAD Y BEBED TODOS  
DE EL PORQUE ESTA ES MI SANGRE"**.

Cristo ha instituido la Eucaristía, y en la  
tarde del Domingo en mi Granada las corte-  
zas carcomidas de los troncos casi muertos de  
las viejas acacias de la Plaza de Santo Domín-  
go se aprietan entre si al ver salir a Jesús dán-  
donos el mas preciado regalo que nadie jamas  
hizo y que nadie jamas podrá hacer, su cuer-  
po y su sangre, la perfección, la vida. El blan-  
co de pan y el rojo de vino irán llenado poco a  
poco las calles de mi Realejo, mientras Fray  
Luis en su estatua de bronce ennegrecido pa-  
rece vigilar la estrecha calle de Jesús y María.



## ORACIÓN EN EL HUERTO



Llegaron al campamento del montículo don-  
de se divisa toda la ciudad y entraron en la  
gran tienda donde les esperaban las mujeres  
que habían encendido los pequeños  
lmpararios para la noche y mullido los  
jergones donde habrían de esperar el sueño  
reparador de la larga jornada.

Pero el Rabí quedó de pié y todos con El.  
Salió y los demás lo siguieron. Les pidió se  
arrodillasen y levantando los brazos al cielo  
dirigió sus ojos hacia las estrellas e invocó al  
Padre.

“¿Padre!. Ha llegado mi hora. Ha llegado  
la hora en la que el Hijo del Hombre sea es-  
carnecido y muerto para poder llegar de nue-  
vo hacia Ti. Solo te pido, Padre, que me glori-  
fiques con la gloria que tuve antes de todos los  
tiempos y que me sientes de nuevo a tu dere-  
cha”.

De pronto levantose de nuevo, llamó a Pe-  
dro y Juan y a Santiago y les invitó a acompa-  
ñarle a subir con el al Monte del Aceituno para  
orar.

Crujía la breña bajo las pisadas de los cua-  
tro hombres, que ascendían jadeantes hacia  
la colina.

Llegaron al fin a lo más alto y las ramas de  
los olivos tapaban la noche estrellada, hacien-  
do aun más oscura la oscuridad. Las murallas  
llenas de inscripciones, mensajes de cautive-  
rios, llegaban desde lo más alto hasta la mis-  
ma puerta de Guadix.

Y Cristo se puso a orar mientras los tres  
quedaban dormidos.

Por dos veces volvió Jesús hacia sus amigos y los encontró recostados y a la tercera se retiró hacia una peña y comenzó de nuevo a llamar a su Padre en una angustia sin límites.

Su voz apagó todos los gritos de la noche cuando dijo:

¡Padre!, si es posible, aparta de mi este cáliz. Más no se haga mi voluntad sino la Tuya.

Se apagó la luna y todas las estrellas de todo el firmamento. El azul de la noche se tornó en blanco. La Ciudad y la Alhambra parecían como pintadas, cuando un Ángel vestido de transparencias de rayos de sol reconfortó al Hombre en sus temores de hombre.

Cristo se volvió de nuevo a los que dormían y les dijo: ¡Levantaos, porque ha llegado mi hora!.

Y en la tarde luminosa, el viejo campanario refleja su blancura en el olivo solitario del recoleto patio de Comendadoras, cuando farolillos con la cruz roja de Santiago van inundando la Ciudad y los aires se llenan de sonos de Amarguras al ver una Virgen plena de azules que sigue a su hijo cuando empieza a padecer.



## PRENDIMIENTO



De nuevo reinó el silencio cuando Jesús se adelantó hacia los que venían.

-¿A quien buscáis?

Y como un ladrido en la noche solitaria, la voz de Judas sonó.

-¡Maestro!. Y besándolo en la mejilla se retiró unos pasos hacia atrás.

La Vela tocó dos veces y comenzaron a manar los arcaduces y el agua se fue corriendo despavorida por las acequias sin mirar atrás, llenando para el día siguiente las azacayas de los tintoreros del Albayzín.

Jesús miró seca y profundamente al pelirrojo de Keriot y éste palideció, sintiendo que le flaqueaban las piernas y que temblaban todas sus carnes.

-Judas. ¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?

Los guardias del Sanedrín ataron las manos del Maestro y los condujeron por las veredas más empinadas de la ladera del Cerro, que hicieron los aluviones de las grandes tormentas, a los callejones más recónditos y oscuros por temor a levantamientos. A su paso, la luz de las antorchas, al ser movidas por la brisa, convertían en espectros los viejos troncos del olivar, que se despeñaban en sombras por los bancales de pitas y retamas. Los gitanos de las cuevas de la Vereda de En medio apagaron todas las luces de sus casas-cuevas, asomándose, sin ser vistos, por el hueco que le servía de ventanal, apartando levemente las cortinillas de tela de rojos lunares.

Pasaron por la vieja Rauda, donde los enterrados proferían ayes lastimeros al paso de la turba enfurecida, bajaron la Cuesta y dejando a su derecha la Puerta del Osario, se dirigieron a la casa de Annás.

Sentado en el algibe un hombre de negro riguroso, con los ojos irisados, de negra barba puntiaguda, miraba la escena complacido, mostrando en su enverdecido rostro una amplia sonrisa.

Allá a lo lejos, por la Medina Garnata, las cúpulas del Sagrario se estremecen y en lo más alto un ángel blanco de mármol ha exhibido su espada flamígera de negro hierro, queriendo cortar la escena al ver al Cristo de túnica blanca y mirada perdida, cautivo como un malhechor.

Por la Magdalena, los ángeles han guardado su custodia; las mujeres han parado la llamada a maitines de su esquilín de convento cerrado y se has postrado contra el suelo de fría losa; las flores de los jardines que circundaron el barrio han cerrado sus pétalos para no desprender perfume en señal de tristeza, cuando has visto a Jesús apresado como un reo. El, que a tantos rescatara.

Por las desierta Cuesta solo paseaba la fresca brisa acariciando a las hojas de tallo tierno en la noche de la Primavera. Estaba la calle llena de silencios hasta que apareció el vociferante gentío, que llevaba con las manos atadas a la espaldas a Jesús. Lo custodiaban seis soldados del Templo al mando de uno, que parecía el Jefe, por el penacho de plumas verdes y blancas, que lucía en su yelmo de cuero y porque su coraza refulgía en la noche al contrario de la de los demás, que, al igual que el casco, la lóriga era de cuero.

Judas quiso hablar a los soldados y uno de ellos, escupiendo en el suelo y pisando el salibazo, sin mirarlo le llamó ¡traidor!. Entonces el Iscariote se fue quedando atrás, rezagado, cerca del Palacio de Dar al-Bayda.



## NEGACIONES Y FLAGELACIÓN



Ha sido una noche de trasiego, de Annás a Kaifas de Kaifas a Pilatos, de Pilatos a Herodes.

Jesús ha recibido salivazos y bofetadas. Le han acusado de blasfemo.

Al llegar a la amplia terraza de la casa de Kaifas, Juan pasó dentro, donde estaba el Maestro, y Pedro, que ya había negado su afinidad con Jesús dos veces en los patios del palacio de Annás, hallándose solo entre el frío de la noche y el silencio de las sombras, sintió miedo a ser reconocido. Trató de acercarse a las ascuas que en un enorme brasero de cobre servía para calentar del relente de la ya próxima madrugada a los servidores de la casa, que sentados alrededor comentaban el gran acontecimiento. Y Pedro notó una zozobra interior y que en un sudor frío y pegajoso les invadía todo su ser. Mas, pensó, que no podía quedarse allí solo y apartado, porque entonces infundiría mas sospechas aún y decidió sentarse con los reunidos. Mudo, como una piedra del camino en la noche, se buscó un sitio, y, callado, se sentó en el suelo, extendiendo las palmas de sus manos hacia la lumbre de las rojas brasas.

El que estaba a su lado, un criado que protegía del relente su rapada cabeza, colando su capucha hasta las cejas, le tocó en el hombro y con voz que se mezclaba al salir de la garganta con un aliento de olor de ajos y cieno le espetó:

-¿ No serás tú amigo de ese que está ahí dentro?, pues nunca te hemos visto por aquí.

Al rudo Kefas se le agudizó el sudor y el miedo y parecióle que sus temblores los percibían todos los reunidos; sin levantar la mira-

da de las ascuas y sin desprotegerse de su embozo contestó con voz profunda, como salida de un pozo hondo:

-No, no lo soy. Yo estoy aquí por otros asuntos.

Se iluminó el patio de nuevo de antorchas y fanales y apareció Jesús entre sus apresadores y con ello, tirando de la cuerda, un hombre de negro luto y plumas verdes de pavo real en el sombrero. Tras el grupo con su manto azul plegado sobre el hombre izquierdo, Juan.

Cristo miró a Simón al pasar y su mirada terminó de atravesarle el corazón, rompiendo los velos de pena que le envolvían, desatando en su interior una tormenta de dolores y congoja. Pedro se quedó parado, asido a una de las piedras que salían de la parata para no perder el equilibrio y viendo a Juan se abrazó a él, que tenía los párpados bajos y humedecidos y se retorció las manos.

-Le han pegado, Pedro, le han pegado al Señor.

Un viento reavivó las brasas y movió las hojas frescas de los álamos que volvieron a gemir al punto que un gallo cantó por el corral del Carmen e hizo que respondiese todos los gallos de la Ciudad y todos los de las veleas negras de las blancas casas del Albayzín.

Pedro se levantó y retirándose del grupo bajó corriendo las largas escaleras, salió hasta el pretil del Darro y apoyando su cabeza en la esquina de uno de los pilares que adornan el puente regó las aguas y el verde musgo con su amargo llanto.

En ese momento en que trazan los tiempos la raya invisible entre la noche y el día; entre las tinieblas y la luz, a Jesús le hacían abandonar la casa de Kaifas para llevarlo ante Pilatos.

Subían de nuevo la empinada cuesta. La plebe, que se incrementaba por minutos, había abandonado los hachones apagados. Solo se veían palos en alto e improprios contra el reo.

Los sanedritas llegaron antes que la comitiva y la jauría hasta las escalinatas del Gobernador y le pidieron que ejerciera sobre Cristo la "ius gladis", la sentencia de muerte.

Quizás para aplacar los ánimos, el Gobernador llamó a su Centurión y mandó azotar al que traían.

Ataron al Rabí a una columna, por los parios de la Casa de la Reina y mientras los esbirros se reían, Jesús gemía en cada golpe e iba pidiendo perdón por los que le martirizaban, cuando las piedras del blanco campanario de San Miguel se estremecían y una aurora de blancos soles se apoderaba del bajo Albayzín.

Allá por San Matías una madre llora de pena al saber que su Hijo pide paciencia a todos los que le aman ante el escarnio que está sufriendo.

Y solo en su soledad lo han sentado en una piedra, le ponen roja túnica, lo coronan con una corona de espinos de ramas retorcidas de viejos rosales, le han puesto una caña en la mano y se mofan de El con falsas reverencias, llamándole Rey de los Judíos, mientras que las piedras de la Plaza de Santo Domingo levantan sus puntas a los cielos al ver la proclamación de la humildad en el mundo.



## SENTENCIA



Claudia, la esposa de Poncio, le dijo: ¡Libéralo, señor!

He tenido un sueño con el Justo. Es un hombre que solo ha hecho el bien. Su barba de dos puntos que parecen dos copas de ciprés en la amanecida. Su boca y sus mejillas ya están doloridas. Sus espaldas están marcadas por las manos de los verdugos. Sus cabellos sudados se mezclan con los coágulos de sangre que brotan de su frente. Y el hombre sigue mirando callado, haciendo tremular a quien se atreve a llegar a sus ojos.

Está solo. ¡Libéralo, señor!

Han tomado sus literas y rodeados por la Decuria de escolta, nutrida por legionarios, tocados con cabezas de fieros leones y argollas de cobre cubriéndoles las muñecas, armados con lanzas ornadas con mil crines, siguen a las largas trompetas que anuncian la llegada del reo y el juez.

Cristo escoltado por seis soldados pretorianos, lleva un pie sangrando, por algún pisotón de la plebe furiosa.

Y han llegado al pretil de la plaza, que tiene la cruz blanca y vacía como premonición y al frente el viejo castillo rojo de mi Alhambra.

Sí, Jesús está solo y Pilato, presentándolo al pueblo dice: "ECCE HOMO". ¡He aquí al Hombre!

Cristo aparece ante mi Granada coronado de espinas, con una mantolina carmesí, que se le pega a la espalda con los coágulos sanguinolentos, moretones en su rostro y la mirada perdida por un camino de amores infinitos.

Y todos los granos de los cuatro cascos de mi Granada:

El Albayzín, el Realejo, la Granada Cristiana, los nuevos barrios, aquellos que separan ríos y murallas; los granos de la Churra, Almanzora, el Realejo bajo y los Alamillos, las vistillas y el Salón, el Picón y la Cruz Blanca, la Magdalena, el Zaidín, Cartuja, La Chana.... todos los granos de mi Granada comenzaron a gritar: ¡Crucifícale!, ¡Crucifícale!

Y gritaban el agua de todos los algibes. Y gritaban los cipreses vestidos de verde por los carmenes albaicineros. Y gritaban la albahaca y los jazmines y los geraneos rojos y el agua de los ríos y la gente, toda la gente de mi Granada: ¡Crucifícale!, ¡Crucifícale!

Pero Pilatos da opción de cambio: ¿Barrabas o Jesús?

Un hombre de luto negro y sombrero de pluma verde gritó: ¡Suelta a Barrabas!, ¡Jesús a la Cruz!

Todos repitieron la voz, mientras un pino cansado allá abajo, por el Paseo de los Tristes, se inclinaba hacia el río con su vergüenza y una mirla de pico rojo se fue volando para siempre del Darro.

Cristo ha visto a Poncio lavarse las manos haciendo caso omiso a la esposa, cuando el lictor lee su sentencia a ser colgado en la cruz. Un pintor de acuarelas desde su torreón acristalado quiso plasmar la escena.

Desde la Torre de San Pedro se oyen las campanas calladas por la Carrera de Darro los ojos negros del campanario ven avanzar a un Cristo sentenciado, cuando María, su Madre, se llena de Maravillas.

A lo lejos la Torre de la Catedral, la Silla del Moro, el Avellano, la Abadía y hasta los niños que juegan subiéndose y bajándose a la bóveda del algibe de San Nicolás se han que-

dado quietos, mudos, en silencio. Y el agua del algibe ha dejado de sonar sonos de agua al ver los labios del Hombre reseco de sed. La casa solitaria de blanco enmohecido por río y tiempo, allá abajo ha hecho callar a las Chirimias y un hombre de negra capa y rostro enloquecido ha visto a las palmeras llorar por sus tamaras de dátiles dorados.



## VIA CRUCIS



Y por la cuesta de Cabras con sus cuarenta escalones van conduciendo a Jesús para que tome la cruz.

Ha empezado su Vía de Amargura y en mi Granada comienza, paradójicamente, en la misma puerta del Carmen de la Alegría.

Enseguida un rinconcillo con acacia, justamente encima del Algibe de las Tomasas.

Y los sicarios le siguen empujando como si fuera un malhechor. Cristo vuelve a mirar al agua; tiene sed.

Al pasar por el Carmen de Aben Humeya, la Torre de la Vela engréida de por siglos, señora de mi Granada, vuelve sus ojos llorando por no ver lo que pasaba. ¡Que llevan a Cristo preso por las calles de Granada!. Y Cristo va en sus silencios con su boca muy callada.

Y la yedra en la pared parece que va cortando camino con el ciprés: Carmenes de tapias blancas van escoltando a mi Cristo en camino solitario, en camino que yo he visto cuajado de mil geranios, de parterres, de eucaliptos. Por caminos de cien carmenes se van llevando a mi Cristo.

Es un camino amargo en soledad que solo acompañan los guardias y el Decurión de penacho de plumas negras y lo flanquean el olivo, la palmera, los naranjos en flor, el gran ciprés y un laurel que besa con sus hojas una jarra de cobre que descansa olvidada en un balcón de madera.

Por las estrechas callejas han llegado por el Algibe de Trillo y la vista de Jesús de nuevo se dirige al agua silenciosa.

Han traído una cruz de madera cortada de las ramas de un cedro del Campo de los Mártires e impregnada de poemas de Juan de la Cruz y el hombre de la túnica blanca la toma sobre sus hombros con amor y se entrega al sacrificio entre farolas apagadas y rosas rojas, limoneros y granados en flor. Un árbol de mimosa con sus flores amarillas de algodón esponja los aires al paso de la comitiva.

Al llegar a la pequeña placeta aparece de nuevo el agua en un estanque que ocupa el centro y la Vela viendo la escena le manda su sombra alargada para refrescar un poco al reo. Jesús cae al suelo y uno de los brazos de la cruz le hace sangrar la mano derecha.

Por todos los callejones que llevan hasta la calle San Juan de los Reyes aparecen puñados de gentes que quieren presenciar la comitiva. Un centurión de blanco caballo va al frente, mientras los legionarios empujan con sus rodela a la plebe que pretende acercarse a Jesús y uno de ellos colgado en una pica lleva el cartel que indica el crimen cometido y un tambor ronco hace que su sonido se repita como eco al chocar con las tapias del Carmen de los Cipreses cuando anuncia la llegada del que va a ser ejecutado.

De los reflejos de los cristales de ventanas medio abiertos salen rayos de sol que al llegar a la cruz que porta Cristo hacen pequeñas filigranas, como si fuese de taracea y la túnica se torna en color morado de una pasión que pasa por la Vía Crucis.

Juan el hombre que vino de Portugal se ha levantado del poyo de piedra donde descansaba para asomarse al gran portal de la Cuesta de Santa Inés y enamorarse del alma de Dios.

Al llegar los primeros puentes que cruzan el Darro Jesús percibe el olor fresco de María y la ve pegada al pretil y asistida en sus Dolores rosas por un grupo de mujeres.

Jesús la mira y Ella nota como una espada le atraviesa el corazón.

Por la gran plaza donde la carrera de Darro desemboca su estrechez suenan tres campanas y el frescor del bosque de la Alhambra se deja sentir mientras por el pilar un toro de piedra hecha dos caños de agua por sus fauces.

Cristo cae de nuevo bajo el peso de la Cruz y desde el Zaidín llegan bisas de trabajo.

Los sanedritas montados en mulas con arreos de plata siguen el cortejo y el Centurión ha metido su caballo entre la multitud y señalando a un hombre fuerte que venía de las vegas con sus aperos de trabajo le obliga a cargar la cruz con Jesús.

Simón llegó temblando junto al Rabí. Le alzó la Cruz y caminaron.

Y el campesino se ladeaba para verle la cara al condenado. Tenía el párpado rasgado, las sienas hundidas, y al quitarse sangre dura de las órbitas, su mano herida se dejó sangre fresca en los labios.

Una mujer ha traído su chal de seda blanca y compadecida rompe el cerco de pretorianos y enjuga el rostro de Jesús empapando el paño de sangre y sudor. Al instante fue retirada por la guardia y se han oído voces de milagro.

Desde las escaleras de la Chancillería dos verdugos salen hacia la loma con clavos, cuerdas y martillos, mientras Simón se intenta quitar una espina pequeña que se le ha incrustado en su mano y mirando a Jesús alejándose mira al cielo y dos lágrimas inundaron sus mejillas, al reconocer el gran poder de Cristo.

Plaza Nueva se ha llenado de fajas de color blanco, azules, verdes, negras, amarillas, salmónes, rojas; fajas de todos los colores que en

Granada en estos días servirán para apretar la cintura de los cientos de cirineos que portarán a Cristo por las calles de mi Ciudad.

A Jesús le faltan las fuerzas y por Plaza de las Descalzas vestido de nazareno va camino de su ejecución.

Las mujeres de mi Granada se han puesto velos negros de tules bordados y han dejado todos sus quehaceres para ver la tétrica procesión y al pasar el Maestro lloran. El se para un momento, descansa el madero sobre la base, las mira y dice: "No lloréis por mi, llorad por vosotras y vuestros hijos...."

Cristo sigue adelante con su voz rota por el extector y la sed, cuando llegando al Realejo cae por tercera vez y su melena grasienta entre el barro, la sangre y el sudor, queda flotando en los vientos.



## CRUXIFICIÓN Y MUERTE



El ronco tambor ha llegado casi a la cima de la Loma y el reo le quitan el peso de la cruz.

Hace una mañana de sol radiante y Jesús ve como están clavando a otros dos en cruces, que serán sus compañeros de suplicio. Son dos ladrones, Dimas y Gestas y los golpes de martillo y los alaridos que profieren, hacen retumbar sus oídos.

Dos sicarios ponen al Cristo de pie y lo despojan de sus vestiduras.

Los soldados toman los dados y juegan siendo la prenda la túnica blanca de una sola pieza, que su Madre le hiciera un día ya lejano a Jesús.

Y Cristo los ve sentado en una piedra con la mano en su cara y medita mientras que un poco mas apartado los verdugos preparan cuerdas, clavos y martillos.

Cuando el sol esta en su cenit, la mañana de todos los Viernes; cuando mi Granada parece un ascua de luz de una fragua forjadora de mil hierros, cuando los verdes son mas verdes en mi Campo del Príncipe, Jesús es clavado en la cruz. Y como un árbol cortado, como una bandera relegada a todos los vientos es izado cada Viernes Santo en mi Plaza de la Loma.

Y una Virgen en Soledad sube sola por calle de Jarrería, para ver como se inmola la luz de la luz del día.

Y a Cristo le quedan fuerzas para mirar a los cielos azules y decir: **PADRE PERDÓNALOS, PORQUE NO SABEN LO QUE**

**HACEN.** Y luego nos deja su herencia la que nadie jamas pudo obtener hasta ese momento: la herencia mas preciada: **MADRE AHÍ TIENES A TU HIJO. HIJO AHÍ TIENES A TU MADRE.**

Pasaron unos momentos y recordó todas las aguas que le habían sido negadas y mirando hacia abajo a María, a Juan y a las mujeres dijo: **TENGO SED.**

Y el centurión, pidiendo su lanza moja una estopa en el mejor vinagre hecho de los grandes vinos del campo y le moja los labios a Jesús. Cuentan que cada Viernes los ríos de Granada quieren unirse para llegar a darles sus aguas frescas a un Jesús que tiene sed, pero que alguien vestido de negro y con una pluma verde en el sombrero no los deja llegar, hasta la Loma.

Comenzaron a hablar Gestas y Dimas; y este último le pidió misericordia al que estaba en medio y Jesús le dijo: **HOY ESTARAS CONMIGO EN EL PARAISO.**

Levantando la cara hacia los cielos con nubes blancas Jesús hizo restallar su voz **TODO ESTÁ CONSUMADO** y cuando se cumplen casi las tres de la atardecida mañana de Granada un grito desgarrador llama al Padre: **PADRE EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU.**

Por las aguas del Genil expira un Cristo escolapio entre blancos de esperanza y negros de luto, negro. Y la cabeza inerte de Jesús queda pegada a su pecho en una muerte sin remisión.

Y en mi Granada muere Cristo por San Antón en silencios callados con campanas que doblan a requien y oraciones de monjas en vela permanente. En Granada se muere Jesús por Sacromonte arriba entre luminarias de hogueras y saetas gitanas, con el cielo de estrellas y luceros blancos, mientras Paco su alto

contraguia repite las voces de un Capataz que lleva a un Jesús muerto a lo mas alto de la Ciudad. Y Cristo se muere en mi Granada viniendo desde el Zaidin redimiendo a todos los que impasibles vemos la escena. Y Cristo se muere en un silencio de noche cuando la noche raya el día y el silencio se apodera de la luz, porque mi Granada tiene el privilegio de ser la única Ciudad en que el silencio es silencio ante la muerte y la luz se apaga dejando a la oscuridad presidir el paso de la muerte. Y Jesús se muere por las amplias avenidas de sur de mi Granada mirando de cara a la Sierra blanca y esperando que no de un buena muerte. Y Jesús se muere en mi Ciudad otorgando favores.

Porque a las tres en punto de la tarde, cuando llega el Viernes Santo en mi Granada un clarín rompe los murmullos y el aire se llena de silencios y ruegos callados mientras que una pequeña campana dobla a muerto por San Cecilio.

El cielo se ha puesto lleno de nubes negras; la tierra se ha movido convulsivamente de dolor; el viento azota los rostros y hace caer las ramas de los árboles y la lluvia arrasa con sus aguas tormentosas cuanto encuentra en su paso.

Un caballo negro furioso relincha con las patas levantadas, una bandada de cuervos se ha posado en un pequeño muro en la Loma observando al que ha muerto y un hombre de cara verdosa, vestido de negro y con sombrero de pluma sonrío ante la escena, mientras que un pequeño riachuelo de agua y sangre parte desde el pie de la cruz cuando el Centurión ha dado una lanzada en el costado a Jesús para comprobar su muerte.

Y YO, SEÑOR, INERTE  
SOLO Y CALLADO ANTE TU MUERTE  
YO, QUE CREO EN DIOS PADRE  
EL HACEDOR DE TODO  
YO, SEÑOR INERTE  
SOLO Y CALLADO ANTE TU MUERTE  
YO, QUE CREO EN TI, JESÚS,  
QUE PADECISTE  
Y FUISTE MUERTO EN LA CRUZ  
YO, SEÑOR, INERTE  
SOLO Y CALLADO ANTE TU MUERTE  
YO, QUE AMO A MARÍA  
MADRE TUYA  
MADRE MIA  
YO, SEÑOR INERTE  
SOLO Y CALLADO ANTE TU MUERTE  
ESPÉROME SEÑOR  
POR UN OLMO DE MI ALHAMBRA  
CUANDO TU QUIERAS, SEÑOR  
QUE ME VAYA DE GRANADA  
Y YA NO ESTARE MAS INERTE  
PORQUE TU MUERTE  
SERÁ MI MUERTE



# DESCENDIMIENTO, SOLEDAD Y ENTIERRO



Han descendido a Cristo de la Cruz y en blanca sábana de conventos enclaustrados lo llevan Juan, Nicodemo y José de Arimatea camino de su entierro.

María ha quedado quieta, postrada de rodillas ante una madera empapada de sangre y arropada por un sudario que mece el aire a su placer.

Mientras en el Campo queda llorando la mimbre vigilada por el Carmen blanco y el rojo penacho del Palas, avanza el pequeño cortejo oyendo música triste de Falla y el ruido callado del pincel de Morcillo. A la Madre en su soledad un ángel regordete le ha bajado la sábana que sirvió para bajar el Hijo y Ella la toma en sus manos.

Entre los sonos de saetas de cantaores en el rincón de mimosas de la Plaza de los Algibes allá por la misma Alhambra han entregado a Cristo muerto en los brazos de la Madre y toda la angustia del mundo se impregna en el rostro de María.

Y hasta ella mismo han subido las plañideras, los ganapanes de Plaza Nueva, los veleros y palanqueros, los niños que estaban jugando ajenos a la tragedia, las mujeres de Granada vestidas de luto negro, los gitanos de Federico, los nobles de la Maestranza, los hombres del campo.... toda Granada a ver a María con su Hijo muerto y caso derramado sobre el pecho repleto de amor de la Madre angustiada.

Y todos iban diciendo:

Dios te salve María,

Porque Granada te venera en tu Concepción Inmaculada.

Porque fuiste la Victoria sobre el pecado, la Maravilla del Universo.

Porque Dios te dio el Dulce nombre de María, para que nuestros labios lo invoquen para nuestra Consolación.

Porque eres la Luz del mundo que nos trae la Paz.

Porque viendo la Fe en tu paseo por el Sacromonte, nos enseñas la Caridad y nos transmites tu verde Esperanza.

Porque nos dejas acudir a Ti invocando tus Mercedes y nos enseñas un Rosario de besos y nos das Remedio para nuestros problemas diarios, Salud para nuestros frágiles cuerpos y con tu Amor nos das Trabajo.

Porque por mediación tuya, María, obtendremos la Misericordia de Dios.

Porque viendo tus Penas y Amargura y contemplando tus Lágrimas, comprendemos el Mayor Dolor de todos los Dolores.

Porque siendo Tú la primera Estrella de la tarde, siendo Tú el resplandor blanco de la Aurora quedaste en Soledad por Conventos Jerónimos, por la Plaza Nueva y por un Campo donde Cristo muere en Granada.

Dios te salve María y déjanos mezclar nuestras Angustias con las tuyas para ofrecerlas a Jesús ya muerto.

Han traído los aires aromas de almizcle, de aloe, de eucalipto y clavel, de sándalo y jaz-

mín, de espliego y mirra, aromas de romero, albahaca, alhucema y tomillo, olores de violeta, de geranio y de clavel rojo.

Han metido a Cristo en una urna de caoba y las campanas de Santa Ana doblan, cuando Cristo es enterrado. El arcángel ha ordenado a todos los muertos de todos los tiempos volver a sus tumbas y un ángel ha quedado en la de Jesús.

La serpiente, el caballo negro los cuervos, y hombre de luto negro se han sentado a distancia y ríen.



## RESURRECCIÓN



Pero el amanecer del Domingo Granada, mi Granada amanece con los cielos llenos de luz, celestes, transparentes, el Angel guardián abrió su sepulcro y Cristo resucita por todos los Barrios de la Ciudad; por Albayzin, por el Realejo con voces de niños; por Arabial con campanillas celestes tocando por la inocencia y por los Vergeles entre alburas de blancas túnicas.

Dios te salve María porque nos muestras tu Alegría, porque Cristo ha Resucitado y tu Triunfo ante la muerte de Cristo.

Han huido las serpientes y un perrillo de lanas blancas ladraba de alegría a las nubes blancas que paseaban los cielos.



**QUEDA PREGONADA LA SEMANA SANTA  
DEL AÑO DE NUESTRO SEÑOR  
DE 1.999**

**ANGEL LUIS SABADOR MEDINA**

**MUCHAS GRACIAS**



ESTE PREGÓN  
DE LA SEMANA SANTA  
GRANADINA DE 1999,  
HA SIDO EDITADO POR  
LA CAJA GENERAL DE AHORROS DE GRANADA,  
ACABÁNDOSE DE IMPRIMIR EL VIERNES  
DÍA 19 DE FEBRERO,  
FESTIVIDAD DE SAN CONRADO,  
EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS GRANADA.